

25 de Junio de 1936

Número 4

# LA ESTEPA

PERIODICO DE YECLA

DIRECTOR, D. ANTONIO AZORIN POLO

Número suelto

15 céntimos

## GOTAS

Cuando nos ponemos el traje guardado desde el verano último nos hacemos jóvenes de un verano menos.

La mirada de los tuertos es una mirada por la cerradura.

El humo que echa la locomotora es como la tierra que levanta la veredera.

Macidez nubosa de la tierra.

Noche en que han matado a uno. Parece que todos, sentenciados a una muerte implacable vamos a morir asesinados, precipitados por la boca negra del crimen.

El crimen abre otra vez sus cien bocas de espanto y de noche.

Su eternidad es tremenda, oscura y vacía.

Las iglesias de Yecla tienen huesos de cadáveres de ojos vacíos.

Si al menos no hubiera quedado nada, la destrucción hubiera sido más gallarda. La Yecla roja no hubiera dejado sus huesos de canibales a medio mondar.

Quedó el espectáculo de una religión totalmente muerta, muerta en el amanecer que nos lanzaba un rosa desafectivo, muerta en el día gris de campo de ahorcados, muerta en la tarde sin ángelus.

Pero ¡qué pronto se pasa todo en España! Ya estamos acostumbrados a la nueva vida.

Yecla era una ciudad levítica. Después vino el incendio de templos y la destrucción y desaparición violenta de todo lo más significativo de nuestras costumbres.

Se ha destruido lo más típico, lo más venerable, lo más rancio y bello de nuestra vida local.

Pero no neguemos que acaso eso tenía un reverso carcomido.

En efecto ha habido barbarie. Pero ¿nos habrá salvado la barbarie? ¿Habrá sido una lección de barbarie práctica y útil.

Yecla no era ya un verdadero pueblo religioso. Al menos para alguno de nosotros no lo era y su entraña estaba corrompida.

Gentes muy censurables se amparaban en la iglesia con disgusto del pueblo tocando a tóxico. Barbudos capellanes se adiestraban en organizar compañías de teatro.

Pero esto era lo religioso falso. La carcoma que ya tiempo estaba dejando falso el edificio que tan rápidamente se vino a tierra por fin.

Todos los que pertenecemos a esta generación tenemos la responsabilidad de haber deshecho algo que no ha sido creado por nosotros. De haber destruido el hilo de las tradiciones que comunican el pasado con el porvenir. El pasado que no fué nuestro, con el porvenir que tampoco será nuestro. Condenando lo antiguo a un olvido absoluto.

Todos. Sin excluir a curas, ni a nadie.

Pero aceptémoslo. No hay más remedio. Vivimos una esquina de la Historia.

El placer de ver un clérigo por las calles en las tardes frías.

El placer de oír tocar a muerto las campanas en Noviembre.

Sensaciones de invierno que ya han pasado.

Tarde de crimen. Estaba lloviendo desde hacía cien años. Y pasaban muchas horas pacíficas. Y estaba viniendo el tiempo como todos los días.

Hasta un momento antes no se sabía nada, de «aquel». De su torcido destino.

A la orilla de todos los mapas el

pueblo empezó a remansarse, allí donde no alcanzan las palabras humanas y aún nunca se difundieron las voces que instruyen.

De pronto la nube de humanos iba por la calle y se relajó, se apretó, cruzó por un cielo de peligro y exhaló el rayo de la maldad.

Toda la nube alborotada era un reptil. Y no era nadie.

Era un hablar de tú.

La tarde, sin sospecharlo, se había pintado para siempre de unas pinceladas graves.

Un aguafuerte de vacío, de soledad y silencio.

El estupor de lo inesperado. La monstruosidad cumplida sin remedio.

Fué un crepúsculo largo, enfermo. Cayó la víctima y en la ciudad rondaban relentes de odio. Allí quedaba erigido el crimen sin castigo. La víctima sin socorro. El pueblo sin caridad.

Habían pisado tierra revolucionaria.

Pensamos en los tres que han tenido una muerte honrosa, que quizá en otro aspecto parece imprudente y ridícula, pero que por ser trágica, fué honrosa.

Quizá en la vida no tendían a buscar la vía de sobriedad en todos los actos y un acontecimiento brusco, quitándoles la vida, los forzó a superarnos, a los que pretendemos más vanamente la gloria.

En mis aspiraciones a Ministro combinadas con mis experiencias amorosas, he concebido el proyecto de crear un presupuesto extraordinario para casas de prostitución.

Para que los valores femeninos lleguen sin estancarse a su meta, sin perderse en devaneos, sin engañar a nadie en el camino.

Para dar gusto a las mujeres.

Esto parece una utopía. Pero yo lo digo con dolor y muy convencido.

Valores mayores: En el hombre el pensamiento. En la mujer la belle-

za. Por vías distintas van el hombre y la mujer. Pero esos son los máximos valores masculino y femenino, los que hacen cúspide por sobre los demás.

En el hombre es lo más viril la belleza de las ideas. En la mujer lo más femenino se alcanza en la belleza de la forma. No es que lo sea.

Pasó. La vimos florida de muerte en el cristal inmóvil de la noche de Jueves Santo. En la noche anímica, abismática, tensa y muda.

Nos ocurren cosas que ya nos ocurrieron hace cien siglos y nos volverán a ocurrir dentro de otros cien, inexplicablemente.

Inquirimos el mas allá de su estética, en las mujeres como en todas las casas, a espaldas y a despecho de sus incoscientos negativos, torpeza, y gustos groseros.

Porque en el hombre—no en «los hombres»—y hablando ya en símbolos, hay un fondo de río, de verdes tiernos, el fondo azul de lo femenino, el cielo en sima clara de lo femenino. Nos referimos al hombre y no al bruto humano.

Sí, me gusta un poco, pero como a tí, opaco, te gusta mucho, a mi ya no me gusta nada.

(Esta es copiada de Juan Ramón Giménez.)

Es inútil dar porrazos en el muro de la eternidad.

Y yo quiero eternidad en lo bello. Eternidad hacia mí y desde mí.

La inquietud ante lo femenino no tendrá fin. Como no tiene fin el oleaje del mar ni la sucesión de las primaveras.

Pero esto no quiere suponer su misión a lo antifemenino, cabría y ordinario de la mujer.

Ni que el matrimonio sea un bello estado.

(Sigue a la vuelta)